

EL COSTARICENSE.

EPOCA III--TRIM. 4º

Periódico Semanal.

Nº 39.

Se admiten gratis los comunicados de
conveniencia pública; se insertan avisos
por un precio equitativo.

SAN JOSÉ, NOVIEMBRE 9 DE 1876.

Se publicará semanalmente. El número
sueltos vale diez centavos. La sus-
cripción por trimestre un peso adelantado.

JOAQUIN P. ROSADA.
Redactor Responsable.

EL COSTARICENSE.

El Redactor de este semanario cumple con el deber de saludar en las primeras líneas de su número de hoy, al benemérito General y eminente ciudadano

DON TOMÁS GUARDIA

que llegó á esta ciudad, viniendo de Liberia, después de una ausencia de algunos meses, el 4 de los corrientes; y se permite, como una manifestación de respetuosa gratitud, reproducir en seguida unos humildes versos inspirados por ese doble sentimiento, apesar de reconocer desde luego que no son dignos de su objeto.

Al Señor General Don Tomas Guardia.

BIENVENIDA.

"GUARDIA! su nombre lo explica:
Que fiel guadian él ha sido,
Y el redentor decidido
Del pueblo de Costa-Rica."

Rafael Machado.

"Que hallaste en Guardia el protector escudo
Que ha cuidado de ti hora tras hora."

Jose Manuel Lleras.

Yo tambien, al unánime concento
Que hoy alza la ciudad, mi humilde
acento

De bien venida agregaré, Señor.
¿Cómo no compartir, sin ser ingrato,
El placer que en eléctrico arrebató
Hoy en todos despierta vuestro amor?

Hoy debeis recibir con gozo doble
Y con orgullo, pero, justo y noble,
La ovacion con que os brinda la ciudad;
Porque hoy no está el poder en vuestra
mano

Y es sólo al gran soldado-ciudadano
A quien se ofrenda tal cordialidad.

Placer que se comprende y que se
explica,
Dó quiera que lleguéis en Costa-Rica,
Cual hoy que habeis llegado á San José:
Placer que no se compra con dinero,
Que no impone el temor; placer sincero:
Símbolo de esperanza, amor y fé.

Hay en los pueblos un instinto arcano;
Instinto, mas certero y sobrehumano
Que en ellos colocara el mismo Dios;
Instinto que, sin dar ni pedir cuenta,
Les hace ver un hombre y les presenta
En él, lo que este pueblo mira en vos.

Lo que es clara vision en el Gobierno
Lo toma el pueblo por cariño tierno
Y lo alimenta y lo acaricia en sí:
Sintiendo, no explicándose, la idea
Que en vos hirviente bulle, él se recrea
Y al veros lo arrebató el frenesí.

Y al Ejército ved alborozado:
Del General al último soldado
Se dan el parabien cuando os le dan;
Y en sus marciales rostros se retrata
El gozo que en sus pechos se dilata
Porque á su compañero viendo están.

Y os saluda el anciano con voz débil,
Y hasta el mendigo con acento flébil
Por vos eleva al cielo su oracion:
Y es porque en vos encarnan su destino,
Porque vos les mostrais, cual Cons-
tantino,
Lábaro redentor que dice: ¡UNION!

¡UNION!—A tal palabra, cinco her-
manas
Olvidan las de ayer discordias vanas,
Y tanto y tanto encono baladí;
Y se agrupan en torno de la idea
Que aún en la cima del Calvario humea
Después de haber tronado en Sinaí.

Esa del hombre Dios es la doctrina,
Del Rey del Universo, ley divina,
Gran derecho del hombre, y gran deber:
Esa sola palabra es un baluarte
Sobre el cual nuestro quintuple estan-
darte
Tremolar, no muy tarde, hemos de ver.

Del múnio olvido en las corrientes
puras,
San Salvador y Guatemala,—Honduras
Y Nicaragua y Costa-Rica,—irán
A lavar sus pasados devaneos,
Cual iban á limpiarse los hebreos,
Del pecado, en las linfas del Jordan.

Y al mirar realizado vuestro sueño,
Y coronado vuestro noble empeño
De que sois generoso campeón;
Colgareis vuestra espada de caudillo
No queriendo corona de mas brillo
Que haber cumplido bien vuestra mision.

Entre tanto los pueblos os bendicen,
Y vates inspirados os predicen
Un nombre, en nuestra América, in-
mortal;

Yo, que en vuestros anhelos tambien
ardo,

Yo, sin ventura, peregrino bardo,
Mi voz uno á la voz universal.
JOAQUIN PABLO ROSADA.

Ojeada sobre Costa-Rica.

I.

Esta República, que no cuen-
ta todavía ni aun cuarenta años
de existencia propia, indepen-
diente y soberana,—si hemos de
empezar á contar desde la rup-

tura definitiva del pacto federal
que la ligara á los otros Estados
de la América Central, es pe-
queña, si su grandor se mide
por el número de habitantes que
la pueblan; pero es grande por
el territorio que ocupa, por las
riquezas naturales que llenan su
superficie y se abrigan en su se-
no, por la exhuberante feraci-
dad del suelo, por la índole de
sus hijos laboriosos, tanto como
honrados, tanto como amantes
de su patria: dotes que no ca-
bria poner en duda siendo reco-
nocidas por propios y por ex-
traños.

II.

La agricultura y principal-
mente el cultivo del café, "el
arbusto sabeo," como lo llama
Don Andres Bello, es su princi-
pal ocupacion y la base de su
realmente portentosa riqueza.

Basten dos cifras para dar
una idea de ella:

En el año de 1875 se expor-
taron de ese fruto, por el puerto
de Puntarenas, 24.217,072 li-
bras, con un valor á bordo de
\$ 4.116,902-24 cs., segun consta
del informe del Señor Secre-
tario de Hacienda.

Y á esto nos limitamos por
que no tratamos de escribir una
Memoria, sino de echar simple-
mente una rápida ojeada sobre
el país.

Pero aquí se nos ocurre una
observacion que no podemos
pasar por alto, y es á saber: la
propiedad territorial se encuen-
tra repartida en Costa-Rica, co-
mo en ninguna otra nacion del
mundo, grande ni pequeña. Se
puede asegurar que es muy ra-
ro el agricultor que no sea due-
ño del terreno que labra.

La ley agraria de los roma-
nos sería aquí inútil, por super-
flua.

El libro de Proudon no en-
contraria en este pueblo un solo
lector; y la luminosa refutacion
de Mr. Thiers correria la mis-
ma suerte. ¿A qué fin preocu-
parse de cuestiones como esas
entre los habitantes de un país
en que todos son propietarios?

La Internacional en esta di-
chosa tierra tendria que darse,
segun la expresion popular, con

una piedra en los dientes.—¡El
proletariado!—Palabra que no
suenan en estas regiones.

El gran problema que trae
despabilados y cavilosos á los
grandes economistas europeos:
"el equilibrio entre el capital y
el trabajo," ese problema, causa
eficiente del mayor número de
los trastornos públicos en el vie-
jo mundo, lo tienen resuelto los
costaricenses á priori y á poste-
riori.

Y no hay que darle vueltas:
lo que hay que hacer es venir á
verlo.

III.

Así, bien poco tienen que ca-
lentarse los cascotes todos estos
propietarios con las grandes cues-
tiones políticas y sociales que
traen agitados y revueltos á los
demagogos del resto del mundo
civilizado.

El contrato social de Juan
Jacobo los tiene sin cuidado.—
¿Qué les importa averiguar có-
mo fueron constituidas las socie-
dades humanas en tesis general,
si ellos encuentran constituida la
suya del mejor modo posible,
segun sus gustos, sus hábitos y
sus inclinaciones?

Venidles con las teorías utó-
picas de eso que por ahí llaman
la "Escuela radical".—Os solta-
rán la carejada en las narices.

¡Garantías individuales!
Los costaricenses las tienen,
aunque no como en otras partes
"sin limitacion alguna."

Crean que en lo humano todo
absoluto es mentira; porque el
hombre es limitado y finito, y
lo ilimitado y lo infinito única-
mente puede aplicarse á Dios
que reúne en sí todos los infini-
tos.

IV.

Por eso, y vaya como ejem-
plo:

No creen que sea un derecho
individual "la libre expresion
del pensamiento, ni por medio
de la palabra hablada, ni por
medio de la palabra escrita, ni
por medio de la imprenta, sin
limitacion alguna," sino con la
limitacion de que la obscenidad,
la injuria, la calumnia, los gro-
seros irrespetos á las personas

constituidas en autoridad ó gobierno, las escitaciones á la rebelion y otros actos análogos sean constituidas en delito y aparezcan responsabilidad ante los tribunales.

Y así de los demas absolutos. Pero su credo constitucional es muy sencillo y está de acuerdo, por otra parte con la verdadera doctrina:

Green, pues, que: "Los objetos primordiales de toda sociedad política son: *defenderse de las agresiones exteriores*; *mantener la paz entre los asociados*; *establecer la justicia*; y *asegurar los derechos naturales del hombre*."

V.

El programa es corto, pero completo.

Y no se puede negar que está en via de verse completamente desarrollado.

Sobre todo, el respeto á la propiedad por parte del Gobierno se lleva en nuestro concepto hasta la exageracion; porque si bien creemos que es indispensable llevar á cabo paulatinamente ciertas reformas rentísticas, tambien lo es que Costa Rica puede jactarse de ser la única nacion de la tierra en que sean desconocidas las contribuciones directas.

De aquí depende sin duda que se haya hecho innecesario y por lo mismo no exista un catastro de la propiedad inmueble del país, y que sólo muy por encima y por conjeturas har-to aventuradas se pueda formar idea del verdadero monto de la riqueza pública.

Con ese respeto por la propiedad, con una recta y bien organizada administracion de justicia, que garantiza la vida civil; con el juicio por jurados establecido ya en asuntos criminales; con la práctica libertad de conciencia que ha calado sin esfuerzo hasta las últimas capas de la sociedad, quizás por lo mismo que no ha sido violentamente impuesta chocando de frente contra las creencias religiosas de las mayorías; con el sistema lento, pero seguro en sus resultados, adoptado en el importantísimo ramo de instruccion pública; tienen con eso de sobra los costaricenses para satisfacer sus necesidades políticas.

Y con su admirable régimen en materia de Correos; y con el servicio del Telégrafo eléctrico; y con sus Bancos, y su casa de Moneda, sus Hospitales y Asilos, y con sus carreteras y sus puentes, y sus hoteles y sus teatros: tienen bastante para su vida exterior, para lo que no se refiere al *comfort* del hogar, á

la vida íntima de la familia, en donde la mayoría de estos habitantes disfruta de un bienestar envidiable, de la independencia personal, de la seguridad del porvenir con que cuenta una poblacion cuyo programa de vida se compendia en estas pocas palabras: deseos moderados, trabajo y economía.

VI.

Por todo lo demas el progreso es evidente.

La obra insigne, colosal, de la vía férrea al Atlántico se verá realizada mucho antes de lo que fuera de esperarse. No está muy lejano el día en que Costa Rica exportará directamente sus frutos por el puerto del Limón; y entonces, con lo que se ahorrará de fletes en el Pacífico y con lo que dejará de pagar, por la misma razon, á la Compañía del Ferro-carril de Panamá, tendrá para cubrir con creces el interes del dinero que le cueste la construccion y el mantenimiento del suyo, sin contar la economía de tiempo y los peligros de la transportacion por la via de Puntarenas, y los numerosos trasbordos á que en la actualidad se halla sujeto su comercio.

La reedificacion de la iglesia metropolitana está tocando á su término.

El Palacio del Gobierno y de las oficinas Nacionales es un edificio primoroso.

El Palacio Presidencial, no solo no le vá en zaga, sino que acaso lo supera bajo el punto de vista arquitectónico.

Los cuarteles pueden servir de modelo.

La Imprenta Nacional que es sin duda la mejor montada en la América del Centro, puede vanagloriarse de que no habrá muchas que la superen en toda la América del Sur.

VII.

Y aquí cortamos, porque sí: porque para una ojeada, á vuelo de golondrina, basta y sobra con lo dicho.

J. P. P.

CRONICA LOCAL.

TEATRO MUNICIPAL.

La compañía dramática dirigida por el distinguido artista Señor Guerra, exhibió el último domingo el drama de Camprodon, titulado: "*Flor de un día*."

Los que gozamos oyendo recitar bien *lindos versos* no nos podemos quejar de la funcion, pues la pieza abunda en trozos liricos que tomados aisladamente, son realmente encantadores; y la Señora Rodríguez los sabe declamar con una propiedad inimitable; y en cuanto á Guerra, no se diga sino que el malogrado autor de "*Flor*

de un día," lo escogió para la primera representacion de su obra predilecta; pero, (perdonenos su memoria, que nos es querida), como drama.... mejor será callar. ¿No va uno tambien á la ópera italiana sólo por *il bel canto* y la buena música?—Lo cierto es que cuantas veces esta compañía dé la misma pieza y su correlativa "*Esquinas de una flor*," tendrá selecto si no numeroso auditorio, y que este se dará por satisfecho con escuchar los versos del popular vate catalan, en boca de la simpática dama y del galan que ahora los están declamando en nuestro escenario.

"El tigre de Bengala".... como dirigido por Miñana, que es un verdadero "tigre encaramado," como dicen los llaneros del Apure.

Concluiremos esta ligera revista volviendo á estrañar que nuestro público no corresponda en la medida de su ilustrado criterio y del indisputable mérito de la Compañía, á los esfuerzos de ésta, y sobre todo á las muestras reiteradas de desinterés con que se afana por demostrar sus simpatías por el país y su gratitud por la hospitalaria acogida que recibiera.—¿Por qué la concurrencia al teatro ha de ser tan poco numerosa en la culta Capital de Costa Rica? Ni el buen gusto ni el dinero faltan aquí, conque ¿qué diremos?

Nos fué imposible asistir á la funcion de anoche; pero por informes recibidos de personas competentes hemos tenido hoy el gusto de saber que la compañía se comportó á pedir de boca.—Era lo natural.—¿Se ejecutaba una obra de arte y se ejercitaba una obra de caridad!

Tambien la compañía dramática española tomará su parte en la gratitud y en las bendiciones de los desgraciados cuyo infortunio contribuye á aliviar.

DOS PROFESORES DE MÚSICA.

Acaban de llegar á esta capital el Señor Don P. Bisóni y su Señora; él, *maestro* del divino arte y ella, *prima donna* de gran mérito. Los conocemos personalmente y, si nuestra responsabilidad algo valiera, no vacilaríamos en empeñarla por ellos como personas de comprobada honorabilidad, y eminente mérito artístico.

Saludamos cordialmente á aquellos dos amigos y esperamos que han de hallar en la hospitalaria San José la benévola acogida que sus moradores saben dispensar á los verdaderos artistas.

¡SEA ENHORABUENA!

El 8 del actual, á las ocho de la noche, se unieron con el vínculo del matrimonio, Don Rodolfo Delgado y Doña Elvira Casafousth.

Amigos de ámbos, deseamos para la nueva pareja un porvenir feliz. ¡Qué el cielo les sea propicio!

SECCION CIENTIFICA.

Los efectos de la intemperancia en el rico y educado.

Por Carlos Pirani,
Profesor de inglés.

(Continuacion.)

Si una comunidad quiere hacer una prudente provision para esto basto influjo de naturaleza espiritual que surge de la cuna de sus hijos y que se está convirtiendo en una parte de su autoridad administrativa con tanta rapidez como esos niños salen del pupillage y asumen las prerogativas del hombre; entonces esas fuerzas silenciosas de la naturaleza, por una ley tan cierta que sostienen las esferas que están en continuo movimiento, la conducirá á una gloriosa escala que termine en un reino de grandeza y felicidad. Pero si la Sociedad prefiere descuidar el espíritu de los niños y excitar las pasiones de los hombres, sus dias de tribulacion y angustia están determinados por la imperiosa ley de la necesidad.

Nuestro Gobierno no podría sobrevivir un solo año como una poblacion de Italia ó Irlanda. Nosotros no tenemos distinciones artificiales ni graduales entre los miembros de nuestra comunidad que asignan honores á las clases elevadas, en las cuales el de arriba está, no solo rodeado de sus baluartes, sino colocado fuera del alcance del de abajo. Nuestros ciudadanos, consideren ó no la naturaleza de las cosas, todos están educados para despreciar las formas. Todas nuestras instituciones políticas y la mayor parte de las sociales, amplian y estimulan el sentimiento de propia importancia en el individuo; sentimiento de una fuerza que eleva, si está bien dirigido y equilibrado; pero que es el instrumento de la agresion y la ilegalidad, si es bastardo y se le excita.

En medio de la ignorancia general de Europa, las nociones de los derechos humanos no pueden ser tan erradas como entre nosotros; pues las falsas conclusiones que han establecido por medio de las formas del raciocinio, son infinitamente peores que los ciegos impulsos. Las primeras tienen la fuerza de todas las tendencias sancionadas por la inteligencia. Los millones de personas sin educacion de Europa son nada con respecto á los políticos. Aquí votan y son, por consiguiente, los verdaderos revolucionarios ó los que nombran rey. Allí están bajo la atencion de los demagogos que lisonjean y provocan. Allí hay una competencia entre los incrédulos para lisonjear y provocar para poder mandar. Acullá las maldades son átomos separados sin cohesion ni simpatía.—Aquí por medio de nuestra organizacion política, aunque extendidos por toda la sociedad, ellos pueden reunir todas sus fuerzas y dar un golpe, dirigiéndole á cualquier punto. Allí sufre bajo la parálisis comun del despotismo. Aquí tienen infundido el vigor de nuestras libres instituciones y están dotados de la fuerza de una vida intensa. Allí están desarmados, y fuera de la ciudadela ayudan á relevar los centinelas y tienen entrada en el almacén.

Si las clases mas favorecidas de nuestra sociedad no quieren hacer nada para detener el progreso de la intemperancia, que mas que todas las demas cosas forma hombres malos y hace á los malos peores, ellas deben temblar por las instituciones de su país, por sus propiedades y por sus familias. Ellas no ocupan un lugar tan seguro que el furor de conmocion popular no estalle bajo sus pies. Los tumultos, los estallidos de la violencia que ya

han tenido lugar son sólo trémulas vibraciones que promuevan el terremoto que aun está por venir. Mas fuertes sacudimientos seguirán; tales choques que camuflarán las bases de la ley y el orden, disolverán los tribunales de justicia y arrojarán las masas hostiles de la sociedad unas contra otras, aunque la misma tierra firme estuviera sin contrapeso, bambolecando y sumergiéndose en su órbita.

La pasada experiencia del género humano no nos ha dejado sin algunos axiomas fundamentales de economía social. Si hubiera alguna falta en las leyes de la naturaleza, podíamos estar seguros de que la masa de los ciudadanos que poseen comodidades y lo necesario, el hacendado con su hacienda bien abastecida, el mecánico con su provechosa profesión y su complemento de instrumentos y también todos aquellos dedicados al tráfico mercantil que pueden hablar positivamente de su propia tienda y sus propios efectos, nunca conspirarán con astucia para subvertir las mismas leyes en que descansa el derecho a sus propiedades: así también todos los jóvenes que empiezan su carrera sin bienes, pero que poseen hábitos de industria, honradez y templanza que conducirán ciertamente a la adquisición de bienes, nunca se ofrecerán como reclutas en ningún campo agrario, ni ningún cuidado inteligente pretenderá regularizar la máquina gubernamental ni pedirá el derecho de hacer pedazos esta máquina, si en cualquier tiempo no funciona conforme a sus deseos.

(Continuado.)

SECCION LITERARIA.

A mi amigo Don Pío José Viquez.

Ya que a poeta me he metido
Quiero decimas hacer:
No sé, ni quiero saber
Si podré lo prometido
Cumplir, como tú has cumplido
La petición de Posada;
Y digo que no me agrada
Dejar sin fin la espinela:
Tú que entiendes de esto, véla
Y dime si está acabada.
Y ya quiero otra empezar
Y con furia he de seguir
Hasta verla concluir;
Y por poderla acabar
Diera... ¡qué había de dár!
Si, con franqueza te hablo,
Ya yo me voy dando al Diabolo
Con tu maldita poesía
Que con gusto aboliría...
Si quieres, cambia el vocablo.

Yo versos te he de mandar
Y de ellos te has de aburrir,
Hasta que quieras seguir
La lectura; y acabar
No podrás sin empezar;
Y esto me parece claro,
Y si no lo entiendes, raro
Juro a Dios que debe ser,
Porque en eso de entender
Eres bueno, amigo caro.

Horacio Flaco creía
Que los poetas medianos
Eran unos inhumanos.
Que nadie sufrir podía.
¡Cómo me maldeciría
Si levantarse pudiera!
Figúrate tú: el que era
En su tiempo sin igual!
Y de los modernos ¡cuál
La comparación sufriría!

¡A dónde irás a parar,
(Dirige con acento airado),
¡Oh joven desventurado!
Que así quieras destrozar
La poesía, y profanar
El divino arte de Homero,
Siguiendo como carnero,
A muchos que ese camino
Anduvieron ya sin tino
Y con pie poco certero!

¡Adónde quieres que vaya,
Yo que soy un animal?
Yo sé que la hago mal
Y que me paso de raya.
Tu reprensión... ¡mal haya!
Si tú que te llamas Pío
Y a quien juzgo amigo mío,
No me tienes compasión,
¡Quién me la tendrá!... ¡cállate!
De mis decimas me río.

San José, Noviembre 6 de 1876.

CLETO GONZALEZ.

LA REDENCION.

SONETO.

La noche en la mitad de su carrera,
Cuando en la creación todo dormía,
Al virginal regazo de María
Bajó el Señor, de la Celeste esfera.

Habla Jesús: la humanidad entera
Se empapa de su voz en la armonía;
Mas, luego se prepara de agonía
La acibarada copa que Él espera.

Remuévese de Adán el polvo inerte,
Tras de cuarenta siglos sepultado,
Y le dice el Señor: "Si yo a la muerte

Te condené por tu infernal pecado,
Ya redimido estás: por no perderte
Quiero ser, en Jesús, crucificado.

J. P. P.

LA MUERTE.

Para complementar los pensamientos acerca del serio negocio a que se refiere el rubro que encabeza estas líneas, y que publicamos en el número anterior, en el artículo titulado "El día de difuntos," creemos no desagradar a nuestros pacientes lectores, agregando hoy algunos otros, extraídos de la misma fuente, no menos conceptuosos y siempre oportunos.

Hélos ahí:

Los jóvenes generalmente creen hacerse interesantes fingiéndose melancólicos, y quizás siendo fingida, la melancolía pueda agradar por un poco de tiempo. Pero cuando es verdadera, todo el género humano huye de ella, y a la postre nada es agradable y afortunado en el comercio de los hombres más que la alegría, por que al mundo, y en esto tiene razón y es lo que los jóvenes olvidan, no le gusta llorar sino reír.—De G. Leopardi.

Oh naturaleza! madre tímida y llorada ya desde la cuna por todo ser viviente! maravilla que no se puede alabar, pues produces y nutres para matar después! Si la muerte precoz es un castigo, ¿por qué lo impones en cabezas inocentes? ó al menos, ¿por qué haces que la partida sea funesta, terrible, inconsolable, lo mismo para el que se va, que para el que queda vivo?

Por donde quiera que se mire, a donde quiera que se vaya ó que se vuelva, bien miserable aparece esta raza humana!—Te plugo disponer que la vida se burlase de las esperanzas juveniles, que los años se fueran amontonando cada vez mas llenos de angustias, que la muerte fuese el único remedio de los males, y pusiste a la vida humana ese fin inevitable, esa ley inmutable. Pero, ay! ¿por qué al menos no hiciste que después de una marcha tan trabajosa el término siquiera fuese agradable? En vez de eso, a pesar de que, mientras vivimos, tenemos en el alma la más completa seguridad de su llegada, a pesar de que es el único consuelo en nuestros males, quisiste cubrir la muerte para nosotros de negras vestiduras, rodearla de tristes sombras, y hacer así que a la vista fuera mas espantoso el puerto que las olas.

Y si es una desventura esta muerte que nos prepara a todos los que, sin culpa ó ignorantes, condenas a vivir, la suerte del que se muere es más envidiable que la del que lleva la pérdida de personas queridas. Aunque estoy perfectamente convencido de que el vivir es una desgracia, y una fortuna el morir, ¿quién podría? (a pesar de que así debiera hacerlo) desear el último día para los suyos, quedarse sin ellos sobre la tierra, ver desaparecer el ser querido junto con quien hubiera pasado muchos años, decirle adiós sin la esperanza de volverlo jamás a encontrar por el mundo; y después cuando yaza abandonado y solitario, recordar a cada instante, y en cada lugar, su perdida compañía!

¿Cómo, oh naturaleza! cómo, ay! tienes corazón para arrancar así el hermano, el amigo, el hijo, el amante, de brazos de su hermano, de su amigo, de su padre ó de su amor, y matando a uno dejar vivo el otro? ¿Cómo has podido hacer que hayamos de soportar tanto dolor como amando sobrevivir a otro mortal amado!—Pero la naturaleza tiene en sus actos algo más que hacer que ocuparse de lo que sea un mal ó un bien para nosotros.—De G. Leopardi.

El Divino Crucificado se hace oír, pide a su Padre el perdón de sus culpas y prorrumpe en un lamento que mil años antes había salido de la boca del Rei Profeta. "¡Dios mío, Dios mío, por que me habéis abandonado?"—Poyoulat.

Jesucristo, hijo de Dios, Dios mismo igual a su Padre en eternidad, está clavado en una cruz; y el Calvario, aquella montaña de los suplicios, es regada con su sangre! Todo está consumado; Dios es muerto! Estas tres palabras arrebatan violentamente la imaginación y la sumergen en un orden de ideas desconocido. ¿Pero qué debe pasar en aquel momento entre los ángeles y los hombres, en las brillantes comarcas de lo alto y en esta triste morada otorgada al hijo de Adán para su mansión de un día? Armas de todo el poder de vuestra inteligencia y fortificad vuestro entendimiento para que no se turbe ante el espectáculo de la creación en el momento en que el Creador espira!—Poyoulat.

Desear, buscar la muerte, es de parte del hombre un egoísmo cobarde, y un abandono indigno de todos sus deberes.—Sandeau.

Cada día que amanece se levanta como una nueva amenaza, y no sabemos nunca donde reposará mañana nuestra cabeza.—Sandeau.

La muerte no es mas que una ausencia. Sin la esperanza de la inmortalidad sería inútil vivir algún tiempo para sufrir tantos males y llorar tan a menudo pérdidas irreparables.—Tissot.

REPRODUCCIONES.

AVENTURAS DEL CAPITAN HATTERAS, POR JULIO VERNE. PRIMERA PARTE.

LOS INGLESES EN EL POLO NORTE.

(Continuación.)

CAPÍTULO XI.

EL PULGAR DEL DIABLO.

Durante el tiempo que estuvo fuera el Comandante, los tripulantes habían ejecutado varios trabajos para poner al buque en aptitud de evitar la presión de los ice-fields. Pen, Clifton Bolton, Gripper y Simpson se ocupaban en tan penosa faena, y el fogonero y demás ingenieros mecánicos tuvieron que ayudar a

las camaradas, por que era obligación suya, desde el momento en que el servicio de la máquina no existía en presencia, desempeñar las funciones de marineros, pudiendo por consiguiente, ser empleados en todos los servicios de abordo.

Pen, con los puños de un guante muy negro,

—¡Dile, dijo Pen, que no puedo ya más; y si dentro de tres días no ha llegado el deshielo, juro por quien soy que me cruzo de brazos.

—¡Cruzarte de brazos! respondió Gripper, ¿no vale más que los emplees en volver atrás? Crees cosas que nos resignemos a internar aquí hasta el año que viene?

—¡Buena invierno pasaríamos, repuso Plover, estando el buque amenazado por todos lados!

—¿Y quién nos asegura, dijo Brunton, que en la primavera próxima estará el mar mas libre que ahora?

—No se trata de la primavera próxima, replicó Pen; nos hayamos en jueves; si el domingo no está libre el camino, nos volvemos hacia el Sur.

—¡Bien pensado! dijo Clifton.

—¿Os parece bien? preguntó Pen.

—Perfectamente, respondieron sus camaradas.

—Y es justo, repuso Warren, por que si hemos de trabajar como lo estamos haciendo, y halar el buque a fuerza de brazos, soy de opinión que lo haremos hacia atrás.

—El domingo lo veremos, dijo Wosten.

—No espero mas que la orden, repuso Brunton, y pronto está caliente la caldera.

—Nosotros mismos la calentaremos, añadió Clifton.

—Si algun oficial, respondió Pen, quiere darse el placer de invernar aquí, cúmplase su voluntad y dejémosle tranquilo. No le será difícil construirse una chosa de nieve para vivir como un verdadero esquimal.

—Nada de eso, Pen, replicó Brunton; no hemos de abandonar a nadie ¡lo ois todos? a nadie. Yo creo, además, que el Comandante se dará a buenas: me parece que está ya muy preocupado y proponiéndole bien la cosa...

—No sabemos, repuso Plover; Ricardo Shandon es hombre duro y tenaz algunas veces será menester entrarle con mucha sorna.

—Cuando pienso, repuso Bolton con un suspiro, que dentro de un mes podríamos hallarnos en Liverpool ¡salvaremos rápidamente la línea de hielos dirigiéndonos al Sur. El paso del estrecho de Davis quedará abierto a principios de junio, y no tendremos que hacer mas que dejarnos llevar al Atlántico a la deriva.

—Sin contar, repuso el prudente Clifton, con que llevando con nosotros al Comandante y obrando bajo su responsabilidad, nuestros sueldos y gratificaciones nos serán puntualmente satisfechos, al paso que si nos volviésemos solos, sabe Dios lo que sucedería.

—Bien discurre, dijo Plover; ese diablo de Clifton se espresa como un sabio. Procuraremos no tener que bregar con esos señores de almirantazgo. Lo mas conveniente y seguro es no abandonar a nadie.

—¿Pero y si los oficiales se niegan a seguirnos? repuso Pen, que quería arrastrar a sus camaradas al último extremo.

No era fácil contestar a una pregunta tan directa y terminante.

—Allá veremos cuando la ocasión llegue, replicó Bolton, no bastará hacer que Ricardo Shandon se adhiera a nuestra causa, y tengo para mí que esto no será difícil.

Alguien hay sin embargo, a quien yo de buena gana dejaría aquí, dijo Pen echando votos y ternos, aunque tuviese que cogerme un brazo.

—Al perro, dijo Plover.

—Sí, al perro, no tardará en pagárnoslas todas juntas.

—Tanto mas, replicó Clifton, volviendo a su tesis favorita, cuando que el tal perro es la causa de todas nuestras desventuras.

—El es quien nos ha echado un sortilegio, dijo Plover.

—El es quien nos ha traído a los bancos, respondió Gripper.

—El es quien en nuestro camino, replicó Wosten, ha amontonado hielos como nunca se habían visto en esta época del año.

—El me ha puesto los ojos malos, dijo Brunton.

—El ha suprimido el gin y el brandy, replicó Pen.

—¡El es la causa de todo! criticó la asamblea en su imaginación si iba exaltando.

—Sin contar, replicó Clifton, con que él es el Capitan.

—Pues bien, Capitan del demonio, exclamó Pen que aumentaba su furor con sus propias palabras, tú has querido venir aquí, y aquí te quedarás!

—¿Pero cómo se le coga? dijo Plover.

—La ocasión no puede ser mejor, respondió Clifton. El Comandante no se encuentra a bordo, el Teniente duerme en su camarote; la niebla es bastante espesa para que John pueda percibirnos...

—¿Pero el perro? exclamó Pen.

—Capitan duerme en este momento junto al pañal del carbon, respondió Clifton, y si alguno quiere...

—Yo me encargo, respondió Pen con furor.

—¡Cuidado, Pen! tiene dientes para romper una barra de hierro.

—Si se menea, le abro en canal, replicó Pen, sacando su navaja.

Y bajó al sollado, seguido de Waren, el cual quiso ayudarlo en su heroica empresa.

Muy pronto volvieron los dos cargados con el animal, que tenía reciasamente azado el hocico y sujetas las patas. Le habían sorprendido durmiendo, y el desgraciado perro no pudo escapárseles.

—¡Hurra por Pen! exclamó Plover.

—Y ahora que vas a hacer de él? preguntó Clifton.

—Abogarlo, y si alguna vez vuelve... replicó Pen con una horrible sonrisa de satisfacción.

A doscientos pasos del buque había un agujero de focas, especie de quebraja circular hecha con los dientes del anfibia, y abierta siempre del interior al exterior. Por ella la foca pasa a la superficie del hielo para respirar, pero ha de procurar impedir que el orificio se cierre, por que la disposición de sus quijadas no le permite rehacerlo de fuera a dentro, y en el momento del peligro no podría escaparse de sus persiguidores.

Pen y Waren se dirigieron a la grieta, y en ella el perro, no obstante sus enérgicos esfuerzos, fué desapiadadamente precipitado, poniendo sus verdugos en seguida un enorme témpano sobre la abertura, de suerte que el animal quedó sin salida y como tapiado dentro de su líquida mazmorra.

—¡Buen viaje, Capitán! exclamó el brutal marinero.

Pocos instantes después Pen y Waren volvían a bordo. Johnson no había visto el menor preparativo de la ejecución; la niebla se condensaba mas y mas al rededor del buque, la niebla empezaba a caer con violencia.

Una hora después Ricardo Shandon, el Dr. y Guary volvían a bordo del *Forward*.

Shandon había notado en la dirección del Nordeste un paso de que resolvió aprovecharse. Dió órdenes al efecto, y la tripulación obedeció con cierta actividad. Quería hacer comprender a Shandon la imposibilidad de ir mas adelante, y además le quedaban tres días de obediencia.

Durante una parte de la noche y del día siguiente, los trabajos de sierra y de arrastre se sucedieron con ardor; el *Forward* ganó cerca de dos millas hacia el Norte. El 18 se hallaba a la vista de tierra, a 5 ó seis cables de un pico singular, cuya forma extraña le había valido el nombre de Pulgar del Diablo.

En aquel mismo sitio, el *Prince-Albert* en 1851 y el *Advanze* con Kane en 1853 fueron obstinadamente detenidos por los hielos durante algunas semanas.

La forma extraña del Pulgar-del-diablo, las cercanías desiertas y desoladas, vastos círcos de ice-berg, entre los cuales había algunos que tenían mas de trescientos pies de elevación, los chasquidos de los témpanos que el eco reproducía de una manera siniestra, todo volvía espantosamente triste la posición del *Forward*. Shandon comprendió que era menester sacarlo de allí y conducirle mas lejos. Veinte y cuatro horas después, según su cálculo, había podido desviarse de aquel lugar funesto cosa de dos millas. Pero esto no era bastante. Shandon sentía apoderarse de él el miedo, y la situación falsa en que se hallaba paralizaba su energía. Para obedecer a sus instrucciones y seguir adelante, había colocado el buque en una situación excesivamente peligrosa. El arrastre desesperaba a los marineros, se necesitaban mas de tres horas para abrir un canal de veinte pies de longitud en un hielo que tenía comunmente tres ó cuatro pies de grueso, y la salud de la tripulación empezaba a quebrantarse, Shandon notaba con asombro el silencio de los marineros y su insólita adhesión; temía que aquella calma fuera precursora de alguna borrasca próxima.

Júzguese, pues, cuál sería la penosa sorpresa, el sentimiento, la desesperación que se apoderó de su ánimo, cuando se percibió de que, a consecuencia de un movimiento insensible del ice-field, el *Forward* volvía a perder durante la noche del 19 al 19 todo lo que había ganado a costa de tantas fatigas. El sábado por la mañana se hallaba delante del Pulgar-del Diablo siempre amenazador y en una posición aun mas crítica. Los ice-bergs se multiplicaban y pasaban por entre la niebla como fantasmas.

Shandon quedó completamente abatido en su moral, y fuerza es decir que el terror penetró en el corazón de aquel hombre intrépido y en el de los tripulantes. Shandon había oído decir algo de la desaparición del perro; pero no se atrevió castigar a los culpables, por miedo de provocar una revuelta.

El tiempo fué horrible durante toda aquella jornada. La nieve, que caía en escasos copos, envolvía el bergantín en un velo impenetrable. Algunas veces, á impulsos del huracán, la niebla se desgarraba, y los ojos espantados percibían por el lado de tierra el Pulgar-del-Diablo levantado como un espectro.

El *Forward* estaba anclado sobre un inmenso témpano, y no había nada que hacer, nada que intentar; la oscuridad iba en aumento, y el timonel no veía á James Wall que hacía su guardia en la proa.

Shandon se retiró á su camarote presa de incesantes zozobras. El Doctor ponía en orden sus apuntes de viaje, y la mitad de los hombres de la tripulación permanecía sobre cubierta y la otra mitad en la sala comun.

En el momento en que el huracán redobló su violencia, pareció que el Pulgar-del Diablo crecía desmesuradamente en medio de la niebla desgarrada.

—¡Gran Dios! exclamó Simpson retrocediendo con espanto.

—¿Qué sucede? dijo Foker.

Y luego se oyeron exclamaciones que salían de todas partes.

—¡Nos va á aplastar!

—¡Estamos perdidos!

—¡Señor Wall! ¡Señor Wall!

—¡No hay salvación para nosotros!

—¡Comandante! ¡comandante!

Todos los hombres de guardia gritaban á un tiempo.

Wall se precipitó hacia la popa; Shandon, seguido del Doctor, apareció sobre cubierta, y miró.

En medio de la niebla entreabierta, el Pulgar-del-Diablo parecía haberse repentinamente acercado al bergantín, y había en apariencia crecido de una manera fantástica. En su cima se levantaba un segundo como medio tumbado que giraba al rededor de su punta, y amenazaba aplastar al buque con su enorme mole. Oscilaba, próximo á caer. Era un espectáculo espantoso. Todos retrocedieron automáticamente, y varios marineros, echándose al hielo, abandonaron el bupue.

—¡Que nadie se mueva! gritó el Comandante con voz severa.

—¡Nada temais, amigos míos! dijo el Doctor; no hay ningún peligro! Mirad, Señor Wall, es un efecto de espejismo, y no de otra cosa.

—Teneis razon, Señor Clawbonny, replicó el contramestre Johnson, esos ignorantes se han dejado intimidar por una sombra.

Después de las palabras del Doctor, la mayor parte de los marineros se agruparon y pasaron del miedo á la admiración de aquel maravilloso fenómeno que no tardó en disiparse.

—¡Ellos llaman á eso espejismo! dijo Clifton. —Pue bien, el diablo entra por algo en lo que hemos visto, podeis creerlo.

—Indudablemente, le respondió Gripper.

Pero la niebla, entreabriéndose, había permitido ver al Comandante un paso inmenso y libre que él no sospechaba, y que tendía á separarle de la costa. Resolvió aprovecharse sin demora de aquella circunstancia favorable. Los marineros se colocaron á uno y otro lado del canal, y con maromas empezaron á remolcar el buque en dirección del Norte.

Durante muchas horas, esta maniobra se ejecutó con ardor, aunque silenciosamente, y Shandon había mandado encender los hornos para aprovecharse de aquel pasadizo tan felizmente descubierto.

—Es una casualidad providencial, dijo á Johnson, y si podemos ganar aunque no sean mas que algunas millas, tal vez hallamos llegado al término de nuestros trabajos. Señor Bruntow; activad el fuego y avisadme cuando la presión sea suficiente. Entre tanto, que los marineros redoblen su energía, todo eso habremos ganado. ¡Ellos se dan prisa en alejarse del Pulgar-del-Diablo! Pues bien, no desperdicieis sus buenas disposiciones.

De pronto el bergantín dejó de avanzar.

—¿Qué es eso? preguntó Shandon. Wall; ¿se han roto acaso los cables de remolque?

—No, Comandante, respondió Wall asomándose por el filarete. ¡Pero los marineros retroceden! ¿se encaraman por los costados del bergantín! ¡todo indica que se ha apoderado de ellos un súbito terror!

—¿Qué sucede, pues? exclamó Shandon corriendo hacia la proa.

—¡A bordo! ¡a bordo! gritaban los marineros con el acento de un terror sin límites.

Shandon miró hacia el Norte, y se estremeció á pesar suyo.

Un animal extraño, espantoso por sus movimientos, cuya lengua humeante salía de una boca enorme, saltaba á la distancia de un cable; parecía tener mas de veinte pies de altura; sus pelos se erizaban; perseguía á los marineros, poniéndose al acecho detrás de ellos, en tanto que su formidable cola, que tenía diez pies de longitud, barria la nieve, que formaba al levantarse grandes torbellinos. La vista de un monstruo semejante heló de espanto á los mas intrépidos.

—¡Es un oso! decía uno.

—¡Es la bestia Jebodan!

—¡Es el león del Apocalipsis!

Shandon corrió á su camarote á coger un fusil que tenía siempre cargado; el Doctor cogió tambien sus armas, y se preparó para hacer fuego á aquel animal que por sus dimensiones recordaba los cuadrúpedos antediluvianos.

El monstruo se acercaba dando saltos inmensos; Shandon y el Doctor dispararon al mismo tiempo, y de repente la detonación de sus armas, sacudiendo las capas de la atmósfera, produjo un efecto inesperado.

El Doctor miró con atención, y no pudo contener una estrepitosa carcajada.

—¡La refracción! dijo.

—¡La refracción! exclamó Shandon.

Pero una exclamación terrible de la tripulación les interrumpió.

—¡El perro! gritó Clifton.

—¡El Capitán dog! repitieron sus camaradas.

—¡Eh! ¡siempre él! exclamó Pen.

En efecto, era él que, rompiendo sus ligaduras, había podido volver á la superficie del campo por otra quebraja. En aquel momento la refracción, por un fenómeno comun de aquellas latitudes, le daba dimensiones formidables que el sacudimiento del aire disipó; pero el efecto fatal permaneció en el ánimo de los marineros, poco dispuesto á admitir la explicación del hecho por razones puramente físicas. La aventura del Pulgar-del-Diablo y la reaparición del perro acompañada de circunstancias fantásticas acabaron de estraviar su moral, y en todas partes no se oían mas que murmullos.

(Continuará.)

REMITIDO.

Llamamiento á los grandes corazones de los amigos de la Suiza Oriental: á las almas humanitarias: á los republicanos de corazón.

Un inmenso desastre ha herido de muerte á nuestros hermanos los republicanos de la Suiza Oriental: una inundación terrible ha sumido en la mayor miseria á los Cantones de Thurgovie, Zurich, St-Sall, Appenzell-Extérieur y Argovie. Es imposible calcular las inmensas pérdidas que tan lamentable siniestro ha acarreado á este infortunado país. Lugares enteros han sido desolados; casi todas las casas destruidas; todas las cosechas perdidas. Tal es, sin contar el hecho más triste é irreparable todavía de la pérdida de más de seiscientas vidas humanas, el triste acontecimiento que hoy agobia los corazones de todo el mundo cristiano, que hoy sume en el mayor desconsuelo á una gran parte del virtuoso pueblo suizo.

Todos aquellos suizos que han tenido la suerte de escapar á tan horribles males, han comprendido que la Providencia los ha excluido, á fin de que cooperen de algun modo al socorro de sus infelices hermanos; y la Francia, la Francia humanitaria, la Francia cristiana, ha abierto una suscripción en favor de aquellos desgraciados. Pero por grandes que sean las sumas que en dicha suscripción se hayan colectado, están muy lejos todavía de llenar el gran vacío causado por la inundación.

Yo, como suizo, como republicano, y mas que todo, como cristiano, os conjuro en nombre de la humanidad, en nombre de la cristiandad, en nombre de la República, á contribuir con algo para el alivio de tantos desgraciados que lloran hoy la pérdida de sus parientes, de sus amigos y de sus intereses: de tantos desgraciados, que aquejados por el hambre y la miseria, sufren con cristiana resignación el cumplimiento de los decretos de la Providencia.

Eso que vosotros dais ahora, eso de que os desprendeis tan generosamente, se convertirá en el pan de la desgracia, y en bienes infinitos para vosotros y vuestros hijos.

Cartago de C. R., Noviembre 4 de 1876.

EDUARDO GUGOLZ.

MISCELANEA.

Un héroe del trabajo.—Hace poco, en Villesur Ourthe, en las cercanías de Lieja, dos obreros pizarreros fueron encargados de colocar un para-rayos en la punta de una torre. Hacia un aire violento y la torre se hallaba á unos setenta pies de altura. Trabajar allí, espuestos á los envites del vendabal ofrecía sus peligros. Pero los buenos obreros no calculan con el peligro. No se trabajaría si se considerase el tiempo que hace, y no se haría gran cosa si se esperara que el barómetro marcara buen tiempo para cubrir los tejados, subir á los andamios, etc. ¡Cuántos ofi-

cios hay en que se afronta la muerte diariamente por ganar algunos francos! No se habrá olvidado la contestación del minero, mutilado por una explosión. Le preguntaban por qué había escogido un oficio tan mortífero, y respondió:

—¿Qué queréis, me espongo á la muerte, es cierto, pero es el solo medio que he hallado de ganarme la vida.

Así, los dos obreros belgas subieron á la torre con su hornillo y todos los accesorios necesarios para soldar. El viento incomodaba, pero al fin y al cabo, era un compañero mas que se encargaba de soplar el fuego. Se pusieron á trabajar. La disposición de la torre hacia el trabajo muy penoso. La base en que trabajaban era muy estrecha y mucho mas baja que el punto en donde debía colocarse el para-rayos. Para llegar á esta cima, un obrero tuvo que subirse sobre las espaldas del otro. Cuando llegó el momento de hacer las soldaduras, el obrero que estaba encima se hizo dar por el otro la cazoleta con el plomo derretido. Pero el viento soplabá con tal fuerza, que no podía trabajar con su habilidad ordinaria. Una ráfaga mas fuerte que las demás, le hizo hacer un mal movimiento, y una parte del plomo líquido y ardiendo se derramó.

Se oyó un grito de dolor y se esparció un olor á quemado. El obrero que soportaba al soldador había recibido el plomo derretido en la mano y el antebrazo. El otro, autor de la torpeza involuntaria, tembló durante un largo segundo, y debió sentir un sudor frío recorrerle el cuerpo. Si el que lo sostenía lo soltara, si vencido por el dolor hacía un solo movimiento, el obrero caía en el abismo abierto á sus pies. A una altura de 70 pies, pensad qué vértigo. Fué la muerte entrevista durante un instante.

Pero la víctima del accidente, el camarada quemado, tenía un corazón de héroe bajo su blusa. Se dejó quemar sin moverse. Sintió el plomo morder su carne con sus dientes de fuego, sin temblar, sin dejar de apoyar su brazo mutilado, sin esponer su carga, preciosa entre todas, la vida de un hombre. Ese héroe del trabajo, que ganará sin duda tres ó cuatro francos al día, se llama A. Karis, pizarrero en Anthisme.

Se ha hecho en la historia un lugar para el hijo de Lacedemonia, que por no venderse se dejó roer las entrañas por un zorro que había robado. ¿Qué es ese acto antiguo comparado con la abnegación de este modesto obrero belga?

Cometió un delito de pena capital un herrero de un pueblo, en aquella época en que los alcaldes juzgaban, sentenciaban y hacían ejecutar las sentencias, sin más consulta y sin más aprobación.

Los vecinos, que eran en su mayor parte labradores, se juntaron, cuando supieron la sentencia y se presentaron ante el alcalde pidiendo el indulto del reo.

—Conozco señores, que tienen ustedes razon, dijo el alcalde; pero la ley es ley, y la justicia es justicia, tenemos una cuenta con ella y es necesario pagarla.

—Vecinos y hombres buenos, dijo el secretario (que se propasaba á tomar la palabra porque su opinión era escuchada con gusto) por un lado veo que el herrero hace mucha falta, porque no hay otro; al mismo tiempo la justicia exige que muera un hombre: la cuestión es difícil, pero yo encuentro una salida. Solo tenemos un herrero, pero tenemos dos tejedores que no tienen trabajo; ahorquemos á uno de ellos, y llevemos el herrero á su fragua.

Esta proposición fué recibida con entusiasmo.

Imprenta Nacional.—Calle de la Merced.